

ELEMENTOS PARA UNA TEOLOGÍA DE LA MISERICORDIA EN LA CARTA ENCÍCLICA *DIVES IN MISERICORDIA* DE JUAN PABLO II

CATHERINE DEAN

En esta comunicación pretendo presentar el pensamiento de Juan Pablo II en torno al amor misericordioso de Dios siguiendo la encíclica *Dives in Misericordia*. En concreto, me centraré en la relación entre la paternidad divina, la misericordia divina y la conversión cristiana, considerada desde una perspectiva trinitaria.

En efecto, el título del documento que he estudiado se inspira en la conocida frase de San Pablo: «Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó (...) nos dio vida juntamente en Cristo»¹. Precisamente en Cristo, este Dios misericordioso se revela como Padre. Pero, ¿podemos realmente decir que Dios *Padre* es rico en misericordia?

I. LA MISERICORDIA Y SUS CARACTERÍSTICAS EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

La misericordia divina adquiere nuevos matices según el modo en que se revela en las diversas etapas de la historia de la salvación². En el contexto del mal, el pecado y la muerte, se presenta como amor que se sigue dando a través del perdón, provocando la conversión y la recuperación de la unión perdida. La fidelidad, tan propia de la misericordia, se manifiesta de modo especial en estas circunstancias³. En

1. Ef 2, 4-5.

2. Considero que un estudio analítico de cada «definición» de la misericordia tal como se encuentra en los diversos lugares de la encíclica podría contribuir a fundamentar la teología de la misericordia que presento aquí en líneas generales. En este sentido, cfr. JUAN PABLO II, *Dio, ricco di misericordia. Testo dell'enciclica con commenti originali*, Roma 1980; y las siguientes aportaciones: J. GALOT, *La misericordia divina nel messaggio, nella vita e nell'opera di Cristo*, pp.19-28; S. VIRGULIN, *La misericordia di Dio nell'Antico Testamento*, pp. 29-40; A. SISTI, *La misericordia nell'insegnamento del Nuovo Testamento*, pp. 41-52.

3. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Dives in Misericordia* (30.XI.1980), nn. 2-9, 13. En adelante, para referirme a este documento usaré la abreviatura DIM.

este sentido, se entiende que Juan Pablo II describa la misericordia como «una potencia especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido»⁴. Por otra parte, la misericordia divina es presentada a lo largo de la historia de la salvación como un amor paterno y materno que se entrega del todo y que se expresa con ternura y compasión. Se trata de un amor personal que busca la respuesta personal del hombre para constituir una vida común en base al encuentro⁵. Más adelante veremos cómo la bilateralidad de la misericordia se fundamenta precisamente en este hecho⁶.

Como indica Juan Pablo II en la encíclica *Dives in Misericordia*, a la luz de la «encarnación» de la misericordia divina en Cristo, se podrá comprender mejor el contenido de la revelación en torno a este concepto en las diversas etapas de la historia de la salvación⁷. Como consecuencia, la profundización en el misterio de la misericordia divina se ha de centrar en la figura de Cristo. A través de su mensaje mesiánico, Cristo revela la dimensión divina y humana de la misericordia al dar a conocer al Padre, rico en misericordia⁸, y al llamar a los hombres a ser «misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso»⁹. A la vez, podemos afirmar que «*el hombre* y su vocación suprema se desvelan en Cristo mediante la revelación del misterio del Padre y de su amor»¹⁰.

II. CRISTO REVELA AL PADRE COMO MISERICORDIA

1. *La parábola del Hijo Pródigo*

En diversas parábolas Cristo revela el amor misericordioso de Dios utilizando distintas imágenes: el Buen Samaritano¹¹, el Buen Pastor¹² y, como contraste, la parábola del siervo malo¹³. Sin embargo, la más expresiva y mencionada es quizá la parábola del Hijo Pródigo¹⁴. Como indica la encíclica *Dives in Misericordia*, esta parábola expresa la esencia de la misericordia sin usar esa palabra¹⁵. El análisis realizado por el

4. DIM, n. 4.

5. Cfr. DIM, nn. 4-10, especialmente la nota 52.

6. Cfr. DIM, nn. 2, 4-6, 8, 14.

7. Cfr. DIM, nn. 2 y 8.

8. Cfr. Ef 2, 4-5; II Cor 1, 3.

9. Lc 6, 36; cfr. DIM, nn. 1-3.

10. DIM, n. 1. La cursiva es nuestra.

11. Cfr. Lc 10, 30-32.

12. Cfr. Mt 18, 12-14; Lc 15, 3-7.

13. Cfr. Mt 18, 23-25; DIM, n. 3.

14. Cfr. Lc 15, 11-32.

15. Cfr. DIM, n. 5.

Santo Padre destaca cómo Cristo muestra que la conversión es la *respuesta* del hombre al amor misericordioso, de modo que la misericordia divina y la conversión o respuesta humana forman parte de una realidad única. Juan Pablo II subraya que el misterio del amor fiel entre Dios y el hombre se fundamenta en la relación paterno-filial que les une de modo indisoluble. Se presenta la misericordia como «drama profundo, que se desarrolla entre el amor del padre y la prodigalidad y el pecado del hijo»¹⁶. Efectivamente, según la lectura perenne de este texto en la Iglesia, el padre de la parábola, que espera la vuelta del hijo disoluto, revela la figura de Dios Padre que en su amor paterno está siempre esperando para perdonar a sus hijos, porque quiere recuperarlos, para incorporarlos de nuevo a la casa paterna¹⁷. La fidelidad del padre a su paternidad manifiesta el amor de Dios Padre y su fidelidad a la propia paternidad divina, con respecto a Cristo y con respecto a los hijos de Dios en Cristo. Tanto en el orden natural como en el orden de la gracia, el padre nunca deja de ser padre, haga lo que haga el hijo para alejarse de él. Pero además, aunque no se dé cuenta, no lo quiera reconocer, o no se atreva a admitirlo, el hijo nunca deja de ser hijo de su padre.

La conversión del hijo, que él percibe como un reconocer su pecado y su dignidad perdida junto con el deseo de recuperar lo que se pueda dentro de las circunstancias, es en realidad la vuelta del hijo a la casa de su padre. Es decir, la parábola considera el tema de la conversión del hombre a Dios como manifestación del poder de la misericordia para sacar el bien de todas las formas del mal. Se trata de una de las características de la misericordia revelada en el mensaje mesiánico de Cristo¹⁸. Por otra parte, se vislumbra cómo la experiencia del amor misericordioso mueve al hombre a la conversión, a volver a Dios Padre. Esta respuesta humana forma parte del misterio de la misericordia divina tal como se nos presenta en la economía de la salvación: «La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda, la realidad de la conversión. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano»¹⁹.

La relación paterno-filial fundamenta el amor misericordioso del Padre con respecto a su hijo —el amor más fuerte que el pecado del hijo—, que sólo busca la vuelta del hijo a la vida de la familia, su «resurrección». El Padre se alegra por la «resurrección» justamente porque el hijo, que nunca dejó de serlo, ha vuelto a la verdad de sí mismo.

16. DIM, n. 5.

17. Cfr. DIM, n. 6.

18. Cfr. Rom 12, 21; DIM, n. 6.

19. DIM, n. 6.

Juan Pablo II subraya cómo la parábola expresa que la misericordia se fundamenta en la dignidad del hombre, que es un bien en sí mismo y, por tanto, objeto de amor: tanto del amor divino como del amor humano²⁰. En resumen, el amor misericordioso del Padre manifiesta la «amabilidad» de toda persona humana en sí misma y —sobre todo— en cuanto todo hombre es hijo querido por Dios Padre en el Hijo.

La misericordia de Dios Padre en relación con todos los hombres, y la correspondiente respuesta humana, se fundamenta en la creación de cada persona por Dios. A la vez, el nacimiento a la vida de Dios por el Bautismo imprime el sello del Hijo en el hombre, de modo que se convierte en hijo de Dios Padre, gracias a su configuración con Cristo, por la acción del Amor Persona²¹. Esta generación a la vida de la «nueva creatura» establece una relación paterno-filial entre Dios Padre y el cristiano, que nunca desaparece, debido al carácter bautismal. Siempre somos de hecho o somos potencialmente —mantenemos el «derecho» de serlo, si hemos perdido la gracia santificante por el pecado grave—, hijos de Dios Padre en el Hijo²². Por tanto, siempre podemos contar con el amor misericordioso de Nuestro Padre Dios en el proceso de conversión. Esta vuelta hacia el Padre es un aspecto fundamental de nuestra condición de hijos de Dios.

En el contexto teológico contemporáneo, vale la pena mencionar la profunda comprensión de esta realidad alcanzada por del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei. En consonancia con la clara conciencia que tenía de la condición filial de los cristianos con respecto a Dios²³, solía hablar de la conversión cristiana precisamente como la vuelta del hijo de Dios a la casa de su Padre. Como dice en la homilía *La conversión de los hijos de Dios*: «La conciencia de nuestra filiación divina da alegría a nuestra conversión (...). La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que —por tanto— se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega. Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al

20. Cfr. DIM, n. 6.

21. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1265-6.

22. Cfr. M.J. SCHEEBEN, *Los misterios del cristianismo*, Barcelona 1964, § 84.

23. Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*. Vol. I: *¡Señor, que vea!*, Rialp, Madrid 1997, pp. 388-392; C. BERMÚDEZ, *Hijos de Dios Uno y Trino por la gracia. La filiación divina, fundamento y raíz de una espiritualidad*, en «Annales Theologici» 7 (1993) 347-368; F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en los escritos y enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer*, en *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50º aniversario de su fundación*, 2.^a ed., Pamplona 1985, pp. 293-320; J. BURGGRAF, *El sentido de la filiación divina*, en *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, EUNSA, Pamplona 1996, pp. 109-128.

confesar nuestros pecados, nos revestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios»²⁴. Como se advierte, el Beato Josemaría describe el contenido de la conversión cristiana en perfecta sintonía con el modo en que Juan Pablo II se refiere a esta noción en la encíclica *Dives in Misericordia*: «no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo»²⁵.

2. *El Misterio Pascual*

Para penetrar con profundidad en la verdad de la misericordia tal como se ha revelado en la historia de la salvación, hay que centrar la mirada en el misterio pascual. Allí se descubre, como recuerda Juan Pablo II, que la cruz de Cristo, seguida por la resurrección, constituye la revelación radical de la misericordia y de la paternidad divina²⁶. El diálogo de Cristo con su Padre en el Calvario manifiesta el gran amor de Dios por el hombre en cuanto Creador y en cuanto Padre. Se muestra «la profundidad de aquel amor que no se echa atrás ante el extraordinario sacrificio del Hijo, para colmar la fidelidad del Creador y Padre respecto a los hombres creados a su imagen y ya desde el “principio” elegidos, en este Hijo, para la gracia y la gloria»²⁷. La radicalidad de su amor paterno se expresa en que no se detiene ante el pecado de los hombres para llevar a cumplimiento su plan eterno. Dios Padre se dirige hacia la raíz misma del mal, encontrándose con el pecado y la muerte en la Persona de su Hijo²⁸. Y este mismo pecado le «sirve» al Padre para manifestar, en la muerte y resurrección de Cristo, la fuerza de su amor paterno. En lugar de detenerlo, el pecado confirma este amor. El Padre se presenta así como fiel a su amor originario para con el hombre²⁹.

Al revelar la misericordia del Padre en la Cruz, Cristo experimenta este amor paterno y radical en su «ser» en cuanto que allí muere por los hombres, manifestando hasta el final el amor del Padre y su propio

24. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, 31.^a ed., Madrid 1996, *La conversión de los hijos de Dios*, n. 64.

25. DIM, n. 13.

26. Cfr. DIM, nn. 7-9; JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Dominum et Vivificantem* (18.V.1986), nn. 39-41. En adelante utilizaré la sigla DV para referirme a este documento.

27. DIM, n. 7. «Justamente en el camino de la elección eterna del hombre a la dignidad del hijo adoptivo de Dios, se alza en la historia la Cruz de Cristo, Hijo unigénito que (...) ha venido para dar el testimonio último de la admirable alianza de Dios con la humanidad, de Dios con el hombre, con todo hombre» (*Ibidem*).

28. Cfr. DIM, n. 8.

29. Cfr. DIM, nn. 7-8.

amor al Padre. En este contexto, es fácil advertir la lógica del orden trinitario. En efecto, lo propio del Hijo en la vida intratrinitaria es la tendencia hacia el Padre, mientras que lo propio del Padre es la tendencia hacia el Hijo; a su vez, ambas tendencias son la expresión de las relaciones de Paternidad y Filiación que unen al Padre y al Hijo entre sí. En el Calvario, Cristo acoge el amor paterno y lo presenta ante los hombres como instrumento para hacérselo llegar. Esta correspondencia radical del Hijo manifiesta el modo en que los hombres debemos acoger el amor del Padre: con una respuesta de entrega total. Una vez más Cristo revela que el misterio de la misericordia divina supone la correspondencia humana, que se presenta como la continuación en el tiempo de la tendencia del Hijo hacia el Padre en la vida intratrinitaria.

En cierto sentido se desvela así otro aspecto de la bilateralidad propia de la misericordia en cuanto amor entre personas en el ámbito de la redención: mientras el Padre ofrece su amor al Hijo y este último lo recibe en sí, se convierte en ocasión de que el Padre pueda manifestar su misericordia con la humanidad. La persona humana que experimenta el amor misericordioso del Padre, alcanza la misericordia al participar en el misterio profundo de Dios: «la inescrutable unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»³⁰, como dice Juan Pablo II. De esta manera, la persona muestra la misericordia divina a los demás hombres, invitándolos a la misericordia con él, tal como hizo Cristo en la Cruz. Vemos cómo la reciprocidad de la misericordia en las relaciones humanas —que se inspira en el modelo de Cristo crucificado que ofrece y recibe misericordia— se fundamenta en la relación entre el Padre y el Hijo en el misterio de la Cruz³¹.

En el centro del misterio de la Cruz está presente el Espíritu Santo, Persona Amor³², según recuerda Juan Pablo II en la encíclica *Dominum et Vivificantem*. «El Espíritu Santo, como amor y don, desciende, en cierto modo, al centro mismo del sacrificio que se ofrece en la Cruz. Refiriéndonos a la tradición bíblica podemos decir: él consume este sacrificio con el fuego del amor, que une al Hijo con el Padre en la comunión trinitaria»³³. La Persona Don se hace presente en la Cruz como amor fuerte y eficaz que convierte este sacrificio en una realidad salvífica. Este Amor proviene del Padre y a la vez ofrece al Padre el sacrificio del Hijo, de modo que el hombre pueda participar de nuevo de la vida de Dios como hijo del Padre en el Hijo. Por otra parte, el Espíritu Santo actúa para que el cristiano sea consciente de su condi-

30. DIM, n. 8.

31. Cfr. DIM, nn. 8 y 14.

32. Cfr. DV, n. 10.

33. DV, n. 41.

ción y procure manifestar el amor del Padre por la humanidad en su propia vida, de manera que «experimentando la misericordia (...) manifieste contemporáneamente la misericordia»³⁴.

El misterio de la Cruz se revela, pues, como misterio del amor trinitario en el tiempo y la historia, donde cada Persona divina ama según sus características propias en la vida intratrinitaria³⁵. «En la Cruz se revela el verdadero rostro de Dios: la fidelidad del Padre a su amor paterno; el amor del Hijo obediente al Padre; y la fuerza del Amor-don, el Espíritu Santo, capaz de transformar el sufrimiento en Redención»³⁶.

A su vez, después de la Cruz viene la resurrección de Cristo. En ésta el Padre manifiesta cumplidamente y en plenitud su amor misericordioso. Allí se revela como amor eficaz: amor que destruye realmente el pecado y la muerte, devolviendo a una vida nueva que no terminará nunca. El Hijo recibe este amor misericordioso en sí y lo muestra a los hombres. El Espíritu Santo se manifiesta una vez más como el amor fuerte y dinámico entre el Padre y el Hijo. En la resurrección se anticipa el momento escatológico en que la misericordia de Dios Padre vencerá en todos los elegidos revelándose como amor: «El hecho de que Cristo “ha resucitado al tercer día” (I Cor 15, 4) constituye el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la entera revelación del amor misericordioso en el mundo sujeto al mal»³⁷.

En el misterio pascual, la misericordia del Padre se revela como amor fiel más allá de la muerte; se muestra como amor paterno que da la vida al Hijo y la vida divina a los que son constituidos hijos en el Hijo. Además, la respuesta amorosa del Hijo de Dios y, junto con Él, de todos los hijos del Padre, se manifiesta como elemento constituyente del misterio de la misericordia divina. En definitiva, en el núcleo de este círculo de misericordia paterna y conversión filial se encuentra el misterio del amor divino intratrinitario.

III. DIMENSIÓN TRINITARIA DE LA MISERICORDIA DIVINA

La revelación de la misericordia divina en la historia de la salvación y tal como se presenta en la encíclica *Dives in Misericordia*, manifiesta la relación íntima que existe entre la misericordia divina y la Per-

34. DIM, n. 8.

35. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 258-9.

36. L.F. MATEO-SECO, *Cristo, Redentor del hombre*, en *Trinidad y Salvación. Estudios sobre la trilogía trinitaria de Juan Pablo II*, Pamplona 1990, p. 157.

37. DIM, n. 8.

sona de Dios Padre. Por otra parte, la misericordia del Padre en sus relaciones con los hombres es lo que mueve a este último a la conversión, es decir, al esfuerzo por volver a la unión con Dios, basándose en la conciencia de su filiación divina. Desde esta perspectiva, podemos preguntarnos: ¿cuál es la fundamentación trinitaria de la relación entre la paternidad divina, el amor misericordioso y su proyección en la vida del hijo de Dios en Cristo? Se vislumbra que el misterio de la misericordia y de la conversión cristiana reside en la primera Persona Divina, en Dios Padre³⁸. ¿Quién es este Dios Padre que se caracteriza por la misericordia, el amor más fuerte que la muerte?

El Padre es, en la Santísima Trinidad, el *principio sin principio, fuente, origen*; es el inengendrado; es quien engendra al Hijo y quien espira junto con el Hijo al Espíritu Santo, mostrándose así como la fuente del amor divino. El Padre se caracteriza por ser la Persona divina que engendra amando y como quien ama engendrando. El Padre en sí mismo no puede no engendrar al Hijo y no espirar al Espíritu Santo porque si no, no subsistiría como la *fuentes y origen* de toda la vida trinitaria. El Padre es quien da, es quien ama y el Hijo es quien recibe el don amoroso del Padre. Sus relaciones se caracterizan por la reciprocidad en el amor. En concreto, el Padre se manifiesta en la vida trinitaria como el Amor Paterno³⁹.

Este amor del Padre, que lo constituye en Persona divina distinta, se manifiesta en la historia de la salvación como Misericordia, superando el mal para alcanzar la plenitud escatológica del amor en cada persona humana, y llevar a los hombres a la participación plena y definitiva en su vida íntima de amor. La reciprocidad de las relaciones entre el Padre y el Hijo en la Santísima Trinidad se refleja en los hombres y se extiende a ellos, en cuanto Dios Padre engendra a cada persona humana como hijo suyo en Cristo a través del Bautismo. Debido a esta generación, el Padre realmente ama a sus hijos en el Hijo, por el Espíritu Santo, porque se prolongan en el cristiano las procesiones di-

38. También se encuentran referencias a la relación entre la misericordia divina y Cristo como Verbo Encarnado, y el Espíritu Santo, en diversos textos de Juan Pablo II; cfr. DIM, nn. 2, 13-14 y DV nn. 39-41. Sin embargo considero que allí queda claro que se habla de Cristo sobre todo como fuente que transmite el amor misericordioso del Padre a los hombres y del Espíritu Santo como el mismo Amor divino salvífico, eficaz al realizar la obra de misericordia del Padre.

39. Cfr. Ef 1, 4; Jn 1, 1-18; 17, 5.24.35; I Jn 4, 8; S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, IV, 20.29; *Símbolo Atanasiano*: DS 75; CONC. DE TOLEDO VI, *Símbolo*: DS 490; CONC. DE FLORENCIA, *Decretum pro Iacobitis*: DS 1331; JUAN PABLO II, *Creo en Dios Padre. Catequesis sobre el Credo (I)*, Madrid 1996, pp. 148-153; S. TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* I, q. 33, aa. 1-2; J. AUER, *Dios Uno y Trino*, Barcelona 1988, pp. 264-270; M. SCHMAUS, *Teología Dogmática. Vol. I: La Trinidad de Dios*, Madrid 1960, § 54; L.F. MATEO-SECO, *Dios uno y trino*, Pamplona 1998, pp. 535-540.

vinas gracias a las misiones del Hijo y del Espíritu Santo⁴⁰. En el ámbito del mal, el amor paterno del Padre por el Hijo y, en Él, por los hijos, se manifiesta como misericordia, amor más fuerte que el mal y capaz de volver a dar la vida filial perdida. La plenitud de este amor paterno y fiel se manifiesta en la resurrección. Juan Pablo II recuerda en la encíclica *Dives in Misericordia* que «el Hijo de Dios (...) en su resurrección ha experimentado de manera radical en sí mismo la misericordia, es decir, el amor del Padre que es más fuerte que la muerte»⁴¹.

Vemos aquí el fundamento trinitario de la misericordia divina y de la conversión humana: el Padre es Amor Paterno, es la Misericordia que ama fielmente a sus hijos en el Hijo. El hijo de Dios en Cristo es siempre hijo suyo gracias a la generación espiritual producida en el Bautismo. La conversión es el acercamiento constante del hijo al Padre movido por el amor, y en respuesta al amor de Quien nos amó primero⁴². La bilateralidad de la misericordia que Cristo nos ha revelado en la Cruz —y que se extiende a las relaciones humanas en cuanto el cristiano que obra con misericordia es consciente de que está recibiendo misericordia por parte de quien le permite manifestar este amor—, se fundamenta a su vez en la reciprocidad del amor entre el Padre y el Hijo⁴³.

En resumen, la primera Persona divina, el Padre, es Amor Paterno y es Misericordia, en cuanto que engendra a sus hijos en Cristo en la economía de la salvación, con un amor que —a través del perdón— se muestra más fuerte que el pecado y la muerte. La manifestación plena y radical del Padre como Amor Paternal, como Misericordia, tendrá lugar al final de los tiempos en la Parusía, cuando: «En el cumplimiento escatológico, la misericordia se revelará como amor»⁴⁴, como se indica en la encíclica *Dives in Misericordia*.

El Hijo es la Persona divina engendrada por el Padre y que espira con Él al Espíritu Santo. Se relaciona con el Padre por el amor; en concreto, por el Amor Filial. El Hijo es Amor Filial, en cuanto tiende hacia el Padre por la filiación, gracias a su generación eterna del Padre. El Verbo Encarnado ha manifestado esta característica propia del Hijo con su vida entera y lo hizo explícitamente al afirmar que su alimento

40. Cfr. Jn 16, 12-14; DV, n. 7; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 689-690; M.J. SCHEEBEN, *Los Misterios del Cristianismo*, §§ 18, 24-26, 28-31.

41. DIM, n. 8.

42. I Jn 4, 7-10.

43. «(...) el que sabe recibir el don con la conciencia de que también él, acogiéndolo, hace el bien, sirve, por su parte, a la gran causa de la dignidad de la persona y esto contribuye a unir a los hombres entre sí de manera más profunda» (DIM, n. 14); cfr. J. AUER, *Op. cit.*, pp. 550-555.

44. DIM, n. 8.

es hacer la voluntad del Padre que le ha enviado⁴⁵. El Hijo es tal por su relación con el Padre; no puede no tender hacia el Padre en una respuesta de amor filial⁴⁶.

Este es el fundamento trinitario del hecho de que el hijo de Dios en el Hijo se caracterice por la búsqueda constante de la unión con el Padre, el deseo de hacer siempre y en todo su voluntad, y la inclinación espiritual a crecer siempre en intimidad y unión con Él. Esta tendencia existe siempre, tanto en Cristo como en el cristiano que busca la santidad. Cuando no hay pecado, por ejemplo, en el caso de Cristo que sufre las tentaciones en el desierto, se manifiesta en el deseo de intimidad con el Padre y de «purificación» por amor a Él y a los hombres. En la vida de los santos, esta tendencia hacia el Padre se manifiesta también en la búsqueda del trato con el Padre y de purificación, tanto de la propia tendencia al pecado impregnada en la naturaleza humana caída como por los pecados de todos los hombres. Este proceso se conoce como *conversión cristiana*, entendida en sentido amplio. Se manifiesta de modo concreto en la situación del pecador que se sabe hijo de Dios Padre y que vuelve a Él para pedir su perdón y recibir de nuevo su amor paterno.

En otras palabras, la Segunda Persona divina, el Hijo, es el Amor Filial en la Santísima Trinidad. En la economía de la salvación, lo propio de su personalidad se manifiesta en la tendencia de Cristo hacia el Padre y la inclinación de los cristianos, conscientes de su filiación divina en Él, a volver al Padre por el proceso de conversión.

Por su parte, el Espíritu Santo es el Amor Persona, el Vínculo de Unión, el Amor dinámico y vital que fluye entre el Padre y el Hijo en el seno de la Santísima Trinidad. Este Amor Persona se manifiesta en la economía de la salvación como el Amor Fuerte, Vivificante, capaz de convertir el mal en un don de amor salvífico. Es el Amor que actúa como fuente del poder salvífico de la Cruz y como don de vida nueva y eterna en el hijo de Dios que vuelve constantemente al Padre Misericordioso. Es quien da la vida nueva cuando el Padre envía a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo⁴⁷.

45. Cfr. Jn 4, 34.

46. Cfr. Jn 6, 38-39; 8, 39; 10, 30; 14, 10-11; Lc 2, 49; Mt 4, 4; 26, 36-46; CONC. DE NICEA, *Símbolo*: DS 125; S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, VII, 2, 3; S. TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* I, q. 27, aa. 1-2; M. SCHMAUS, *Op. cit.*, § 55; J. AUER, *Op. cit.*, pp. 270-275; J. GALOT, *Père, qui es-Tu?*, Versalles 1996, pp. 37-8; L.F. MATEO-SECO, *Op. cit.*, pp. 538-9 y 546-551.

47. Cfr. Jn 14, 16-17.26; 15, 26; 16, 7.14; Rom 8, 26; Hech 1, 8; Ef 2, 22; S. BASILIO, *De Spiritu Sancto*, 18 y 45; CONC. DE CONSTANTINOPLA, *Símbolo*: DS 150; *Símbolo Atanasiano*: DS 75; S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, VI, 5, 7; JUAN PABLO II, DV, nn. 10, 39-41; S. TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* I, q. 37, a.1, ad. 3; J. AUER, *op. cit.*, pp. 280-293 y 325-330; M. SCHMAUS, *op. cit.*, §§ 56 y 58.

En definitiva, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se nos presentan en su vida íntima como un Vínculo de Amor dinámico en que el Padre se da como Amor Paterno y el Hijo responde como Amor Filial. La Santísima Trinidad se revela como una comunión de amor paterno-filial. Estas consideraciones iluminan nuestra comprensión del conjunto de la historia de la salvación. Allí, el Padre se manifiesta como Misericordia Amor; el Hijo responde con Amor Filial tendiendo constantemente hacia el Padre en la obra redentora, como consecuencia de su generación eterna en la vida intratrinitaria. Esta inclinación filial al Amor misericordioso que es el Padre se extiende, por participación, a la vida del hijo de Dios en el proceso de conversión cristiana que lo caracteriza. El misterio de la misericordia divina, que supone la correspondencia personal del Hijo, se hace real y eficaz, tanto en la vida trinitaria como en la vida humana, gracias a la fuerza vivificante del Espíritu Santo, Vínculo de Amor en la Santísima Trinidad.

IV. CONCLUSIÓN

Al término de estas consideraciones en torno a la relación entre misericordia y paternidad divina presentada en la encíclica *Dives in Misericordia*, podemos afirmar lo siguiente. El amor misericordioso, que ocupa un lugar central en el plan divino, tiene su fuente en la Primera Persona Divina en cuanto *principio y origen* de la comunión trinitaria de amor, y en cuanto Padre de la Segunda Persona Divina. Además, en la historia de la salvación, esta Misericordia divina se manifiesta como Amor Paterno que sale a la búsqueda del hombre para llevarlo a participar en el Amor Filial como hijo en el Hijo, por la acción del Espíritu Santo. Por otra parte, el proceso de conversión cristiana se sitúa en el núcleo del misterio de la Misericordia divina; forma parte del movimiento ascendente de la economía de la salvación centrada en Cristo y orientada hacia el Padre, y se fundamenta precisamente en la filiación del Hijo respecto al Padre. En conclusión, y volviendo a la pregunta inicial, verdaderamente podemos confesar que «Dios *Padre* (es) rico en misericordia»⁴⁸.

48. Ef 2,4.